

Un Studio de Liszt

Las aguas del lago tranquilas reposan;
duermen las ninfas, duerme la selva umbría.
El ramaje modula su eterno arrullo,
en los rayos la luna sus besos manda...
Y duerme así la selva, y así las ninfas
en la playa del lago sus cuerpos tienden...
Todo, todo soñando, cede a la noche
sus reflejos serenos de azul violado...

Entretanto las aguas del lago mansamente
sus ondas a la orilla comienzan a llevar,
la selva ha sacudido su inmensa cabellera,
las ninfas han coreado los ecos de un cantar.

Cantar fuerte y sonoro,
vibrante como el alma del cantor,
y suave, melodioso,
con las cadencias dulces de un amor...

Orfeo, acompañando su voz con lira de oro,
pesó, y los acentos del canto celestial
las hojas del ramaje vibrando repitieron
coreadas por las ninfas del lago de cristal...
Del coro, suavemente, la voz se fué apagando
y por la selva, Orfeo cruzó como visión:
murió el último acento... lejano... en el follaje,
y a unirse fué a las brisas el són de la canción...

Volvió a dormir la selva. Las ninfas, junto al lago,
sus cuerpos en la playa volvieron a inclinar,
las ramas del bosque, de arrulladoras notas,
los sonos apagados volvieron a entonar...

Y así otra vez la selva. Y así las ninfas
en la playa del lago sus cuerpos tienden...
Todo, todo soñando, cede a la noche
sus reflejos serenos de azul violado...

Jorge M. Piacentini.